

Senderos del mestizaje¹

Irma Leticia de Oyuela

El aporte africano y la minería

Fray Bartolomé de las Casas llega a América como un segundón que participa como encomendero en el pueblo de Baracoa, Cuba, en aquellos precisos momentos en que don Hernán Cortes es Alcalde de Guanabacoa, población también recién conquistada en esa isla caribeña. Ambos españoles, sienten el detonante para generar sus propios destinos, de acuerdo con la interpretación que ambos poseen del mundo de ese momento, el Renacimiento había hecho que el ser humano viera la vida como el desarrollo personal de esa propia interpretación de la visión trascendente de hacer de sí mismos los protagonistas de grandes aventuras, así como de la ejecución de sus grandes utopías.

De esa manera fue como Hernán Cortes decide traicionar a su amo, el adelantado Diego de Velásquez y buscar tierra firme, conquistarla y hacer de ella una tierra nueva con un proyecto nuevo, para honra y gloria de su Majestad Imperial, de la misma

Manera que le Las Casas retoma el principio de la búsqueda de una nueva arcadia, poblada por seres autóctonos de esa misma tierra para hacer de ella un proyecto al servicio de Dios. Como se puede apreciar, todos los personajes de la Conquista ponen sus fuerzas al servicio de una utopía que se va escindiendo entre la percepción del mundo como laico y en otra como religioso, que embarga las mentes de tal manera que si ponemos atención en el juicio de visita incoado a don Pedro de Alvarado –en el México del siglo XVI- podemos advertir que don Pedro también entro a América como miembro de la Iglesia, habiendo testigos de haberlo conocido con el habito de Santiago que encubría una visión militar del mundo, ocultando sus excesos.

Sin embargo, es Fray Bartolomé de las Casas, el que cumple a cabalidad los esfuerzos por la realización efectiva de esa utopía. En sus viajes a España influye para que sea posible la abolición de la esclavitud de los aborígenes, en

¹ Oyuela, Leticia de: *Senderos del mestizaje*. Ediciones Subirana; Choluteca, Honduras, 2005.

aquellos precisos momentos en que el Cesar Imperial Carlos V, estudiaba con su maestro Adriano de Utrecht, algunos principios filosóficos que dieron paso a las teorías del Humanismo aceptadas plenamente por el asentista alemán Kart Fugger, quien como interprete de los sistemas de producción considera que las teorías de Gines de Sepúlveda, eran totalmente obsoletas, ya que el mundo de la producción no puede sostener a aquellas grandes masas de esclavos a quienes hay que mantener toda la vida, para lo cual se hace necesario crear peones u obreros que trabajen diez

Horas por un salario determinado, surgiendo así la visión etnocentrista propicia a favorecer a los blancos como amos de la humanidad. Fugger, en esos momentos gozaba de la concesión de las minas de oro de Almazán en España y allí empezó a probar su sistema de trabajo encadenado y el rendimiento y provecho de ese sistema, que inmediatamente fue apoyado por los Barones alemanes de la liga haseática, que disfrutaban de grandes concesiones en las minas vecinas al Rin, pensamiento auspiciado por los nuevos seguidores de Lucero, que dieron una visión práctica al recién nacido protestantismo sajón.

Así fue con Fray Bartolomé de las Casas ganó una batalla pírrica, liberando a los indios de los sistemas esclavistas, contenidas en las llamadas «Leyes Nuevas», que convirtieron al esclavismo de los indios en ilegal, pero a su vez aceptando la esclavitud de los negros. La iglesia como institución acepto esta nueva forma de esclavitud, exceptuando doctrinas más sensibilizadas teológicamente como las del padre Vitoria, que sin lugar a dudas fue uno de los campeones más importantes de la libertad.

Los que se desprende un redoblamiento con tendencias urbanas (relación de poblados), que se desplazaron por el camino de la mixteca y huasteca, pobladores muchos de ellos emigrados de la Oaxaca de la Antequera, en aquella idea de repoblar, zonas abandonadas y marginales –para la época-, por la mítica riqueza de las minas descubiertas en la región llamada Taguzgalpa, que se conoció gracias al informe que envió a Su Majestad el oidor Diego García de Palacios.

Todo esto acontece temporalmente en la primera mitad del siglo XVII, tal como se puede comprobar por la obtención de matriculas de los poblados que nos proporciona la firme idea de que todas las poblaciones actuales subsistentes del periodo colonial, tienen los permisos de doblamiento, sobre todo en la Alcaldía Mayor, en los lustros relativos al siglo.

Venturosamente, el área de la Alcaldía Mayor no tuvo mercado de esclavos, ya que se situó en el limite jurisdiccional de éste, que era la ciudad de León en nicaragua, mediante una concesión dada a José Miguel de Portocarrero, quién

Senderos del mestizaje

compra esclavos, para el laboreo de minas en el mercado situado en Nassau, Gran Bermuda, siendo sus proveedores principales miembros de la Casa de Orange, emparentados con la Casa Real Inglesa por el matrimonio concertado en tiempos de Enrique VII con Ana de Cleaves.

Así fue como ingresaron a Honduras los primeros esclavos africanos, muchos de ellos pertenecientes a diversas tribus bosquimanos, radicadas en Madagascar y en el Senegal, que llegaron ya cristianizados, de tal manera que podemos ejemplarizar, mediante la escritura de testamento y dación de un terreno, situado en las «haldas» de la Reducción de Talanga, en el que los señores Julián del Castillo y su esposa María de Meneses, quienes «conceden la propiedad de un ható, menor de una caballería a su esclavo Juan Carias, que les ha acompañado en la soledad de su ancianidad, sembrando y labrando dicho ható para darles de comes, en razón de que su hijo mayor don Felipe, graduándose de abogado en la Audiencia de Guatemala, se ha quedado a vivir allá, y su hija María Antonia profesó como monja en el Convento de los Capuchinos en Santiago de los Caballeros de Guatemala, no pudiéndolos atender y tampoco necesitar, por la razón de su estado, creyendo conveniente entonces, ceder la tierra, con el correspondiente título otorgado por la Audiencia, y haciendo eficaz el pago de composición, con el nombre «Lo de Carias» (véase I.L. Oyuela, Fe, Riqueza y poder, Edic, Cultura Hispánica, 1992).

Rafael Leiva Vivas en su libro *El tráfico de esclavos negros a Honduras*, Ed. Guaymuras, demuestra como el Real de Santa Lucía, cercano a la Villa de Tegucigalpa, se coloreó con la presencia de esclavos africanos en menos de diez años. Estos ejemplos, permiten inferir que la Iglesia no estuvo interesada en la conversión de esclavos por ser en su mayoría «cristianos viejos», tal como lo asegura el mayordomo de la Cofradía de la Virgen del Rosario, la Santa Veracruz y San Benitos, fincada en el Convento de La Merced y en el que comparece personalmente Florencia Crías, ante el notario Antonio de León y Moratalla, en 1711, para firmar la escritura de compra-venta de una imagen labrada San Benito y una pintura al óleo de la Santísima Virgen del Rosario, que será donada para la nueva Capilla de ese Convento, y la imagen del Señor de la Humildad, cuyo pago excede, incluyendo el transporte de la ciudad de Guatemala a la de Tegucigalpa, a un precio de quince pesos y dos ochavos (véase Valladares, R, Juan. *Historia Documentada de la Virgen de Suyapa*, Documentos anexos. Imp. Aristón, Tegucigalpa, 1954).

Al revisar el libro del Fabrica de la Iglesia Los Dolores, así como también el Testamento de don Pedro Mártir de Celaya, emitido ante el escribano real don

Gabriel de Irías, otorgado en la Villa de Tegucigalpa, en 20 de noviembre de 1775, se puede comprobar, como funcionó la Alcaldía Mayor, la esclavitud africana, que fue considerada, sobre todo por la Iglesia como «Esclavitud de una sola vía», surgiendo de esta manera los libertos procedentes de la segunda generación, gracias a un sistema paternalista, del que la Iglesia fue el principal impulsador.

Este criterio es fácil de constatar a través de cientos de documentos encontrados en la acervo del Archivo Judicial, que nos permite una óptica típica de la época, mediante la cual el esclavo comprado para servicio en la mina, en su mayoría casados y con hijos, eran temporalmente liberados –sobre todo los menores de edad- para ser dedicados a tareas domésticas en una gama tan amplia, como cocineras, ayudantes de cocina, jaladores de agua e inclusive despachadores de tienda o mandaderos. La segunda generación de estos libertos pasó a pertenecer a los gremios de artesanos, de tal manera que si se atiende la inscripción que exorna la Iglesia de los Dolores, construida en la Tegucigalpa de 1732, ya se consigna la participación «de los pardos del pueblo debajo de Tegucigalpa», como constructores y decoradores de lo que mas tarde se convertiría en Parroquia.

El rico minero don Pedro Mártir de Celaya realiza importantes donaciones de tierras a esos pardos y mulatos, razón por la cual se puede decir que es el primer fundador de lo que ahora llamamos Barrio Abajo, cuyos confines eran limítrofes con la reducción de indios del Pueblo Abajo de Tegucigalpa, que sin lugar a dudas por razones eminentemente biológicas se mezclaron con los descendientes directos de esos esclavos que fueron la mano de obra central de toda la industria minera de la Alcaldía Mayor.

Para esa misma fecha, la venerable Orden de San Agustín, confía gran parte de su acción a misionar los pueblos chinos, incluyendo la Provincia Filipina, en ese momento bajo el dominio español, estableciendo una nao de rutina que surcaba el Pacífico hasta el Puerto del Ángel en la playas de Huatulco, que transportaba mercaderías e inclusive chinos libres, que también llegaban en la otra nao del Atlántico vía La Habana hasta Veracruz, ejerciendo un comercio libre y transportando también chinos, en calidad de trabajadores libres, como mano de obra operacional en sus grandes haciendas y beneficios agrícolas, llegando algunos para beneficios. Mineros, como aquellos que fueron también contratados por lo conventuales de La Merced en el preciso momento en que la Orden decayó o se contagio de la fiebre minera que se vivió en la Honduras del siglo XVIII.

Para el Orbe Hispánico del siglo XVIII (sobre todo para la Iglesia Ilustrada), no era desconocido la multiplicidad de etnias y razas, de tal manera, que si los habitantes de un país eran tendientes a una visión etnocentrista del mundo, razón

Senderos del mestizaje

por la cual se pretendió, políticamente crear sociedades impermeables, la Iglesia en cambio, siempre fue pluralista en todos aquellos aspectos que condujeran a una política generalizada y evangelizadora de todas las castas y clases sociales, de manera tal que según observa el historiador Juarros, cuando se funda el Convento de La Merced de la Comayagua del siglo XVII, «se conmovió al ver sentados en el suelo, rezando revueltos a indios, negros y españoles, que continúan en servicio litúrgico con gran devoción».

A pesar de que la política de la burocracia peninsular manifestó una fuerte tendencia a una visión etnocentrista del mundo, la Comayagua del siglo XVII, tiene como gobernador al licenciado Adán Ulloa Callejas, propuesto por el Colegio de Todos Los Santos y trasladado, de gobernador de Las Filipinas a Comayagua, llevando consigo a su esposa, dona Dolores Perera, de origen tagalo, quien convivió, en dicha ciudad de la Provincia de Honduras, pacíficamente hasta su retiro a la ciudad de Guatemala, donde falleció.

Son múltiples los casos que comprueban no solo el mestizaje, sino también la responsabilidad de muchos de los españoles para dejar bien establecido aquel concepto castellano "de que la sangre no ande por allí perdida", como ejemplo, en 1734, siendo alcalde mayor de Tegucigalpa don Antonio de Arroyave, el 10 de noviembre del mismo año comparece don Antonio de Rivera, alférez del Partido de Olancho, comprando dos esclavas mulatas llamadas Gertrudis de ocho a diez años y María de Mercedes de siete, a don Francisco Rodríguez Curiel, tutor de los menores hijos del capitán don Antonio de Rivera, por ser sus hermanas menores puestas en esclavitud por equivocación.

Desde principios del siglo XVIII y desde que fue alcalde mayor de Tegucigalpa don Clemente Arauz, los ingleses que permanecían en los establecimientos de Black River y La Criba, buscaron aglutinar, hasta formar un batallón de 576 hombres invadiendo Olancho y Danlí a fin de intranquilizar los nuevos poblados, para que al crear conflictos de guerra no se tuviera evidencia del comercio ilícito que impregnaba las zonas mineras de la región (Durón, Rómulo E. «Bosquejo Histórico de Honduras». Edit. Baktun, Tegucigalpa, 1982).

Desde 1638, se hizo sentir el poder criollo, cuando llega al poder municipal don Baltasar Matas de Escoto, hijo directo de aquel capitán del mismo nombre que habían sido paladines de la conquista de Olancho El Viejo, y cuyos hijos ya eran consignados por los personeros de la Audiencia, «sin limpieza de sangre», razón por la cual ha dificultado a los investigadores encontrar sus datos genealógicos, porque en los círculos burocráticos de la Audiencia aun privaba el criterio etnocentrista, que posiblemente llegó a esta parte de América por el camino

de los regionalismos, de las comunidades ibéricas, sobre todo los vascos, que tal como se puede ver en el capítulo relativo a la Fundación de la Cofradía de «Santa María Aranzazu», se encargaba en su capítulo noveno relativo a su constitución «de entregar fondos de dote para aquellas jóvenes sin fortuna hijas de súbditos del Reino de Vizcaya, que encontrándose en situación de merecer, no se desposaran con indios ricos y gente de color quebrado, por necesidad». La devoción a la Virgen de Aranzazu, no prospero en el devocionario popular, encontrándose que inclusive desapareció el lienzo donado por la colonia vasca y depositado para su devoción en la Santa Catedral de Comayagua. (Guía de Documentos del Archivo Episcopal de Comayagua, Arrigunaga Coello, Maritza. Hispanic Collection, Univ. Arlington, Texas, USA).

Esa proliferación de razas y etnias, aparece en forma muy temprana, si revisamos la Quinta Relación firmada por don Hernán Cortes, y dirigida a Su Majestad, informando sobre su visita a Honduras, en las que declara que a su retorno se ve constreñido por la premura del viaje a asentar en los bosques naturales de plátano de la planicie de Gracias a Dios, a sus leales guerreros de origen trastalteca, que los acompañaron en azaroso viaje, lo que nos permite inferir, que el poblado cercano a dicha ciudad fue conocido popularmente como mexica-7 nos o mexicapas, fue posiblemente una reducción de esta etnia, cuyas consecuencias posteriores tuvieron que haber afectado otros grupos étnicos ya residentes.

Si analizamos este dato, se torna obligatorio que pensemos que estos mexicanos sedentarizados, se conviertan en un conflicto directo que tuvo que incidir entre los grupos de lenca ubicados previamente, ya que los mexicanos estaban castellanizados, al poseer lengua y religión, de lo que puede ser resultante una confrontación cultural que da origen a la palabra «mame», que denomina «Xicamputle», termino que se usa en el área y es equivalente a «mandón o abusón».

La evangelización y sus resultados: indios, negros y chinos

La evangelización se inicia en la siguiente mitad del siglo posterior a la primera misa celebrada en Trujillo. Los hermanos Colon, indiscutiblemente fueron los protagonistas de ese evento —tradicional para la cultura católica—, que al abrir la etapa de las expediciones, posiblemente se repitió el evento, cada vez que un explorador descendía a reconocer la costa, pero que fue la que desato la corriente evangelizadora, hasta inducir a los aborígenes pobladores a la aceptación de un

Senderos del mestizaje

nuevo credo, haciendo por lo tanto que la nueva religión se convirtiera en elemento fundamental de la aglutinación de las distintas etnias dispersas, de lo que ahora es el territorio hondureño. Coherencia que divide a la población aborígen únicamente en una visión dicotómica: Los castellanizados, neófitos católicos y los alzados o rebeldes llamados comúnmente «Hicaques». Coincidiendo con la formación de los poblados, y cuando ya la Audiencia de los Confines ha sido trasladada a Guatemala, los adelantados y los primeros pobladores que se radican en ellas, poseían esclavos negros, comprados en los diferentes mercados periféricos. Como estos esclavos de procedencia africana, en su mayoría eran conversos, no tuvieron una aceptación directa, por los doctrineros y misioneros, convirtiéndose por ende en una población meramente marginal a la evangelización, que prácticamente esta dedicada el indio, pero que si participaban directamente del culto, en que ya también se incorporaban los aborígenes, empezando a surgir las diversas castas, producto de la mixe-ginacion de los diferentes grupos demográficos ya asentados.

Las poblaciones fundadas por los castellanos —y sobre todo por extremeños— se desarrollaron con pretensiones de formar sociedades impermeables, "donde cada quien ocupara el lugar que le correspondía, de acuerdo al rol que se le asignaba" tal como lo expresa el obispo Cortes y Larraz, en el informe de su visita canónica por Guatemala, honduras y El Salvador.

La presencia africana en la Provincia de Honduras, realizó) aportes de gran importancia en la mixeginación de la cultura religiosa hondureña. Formas distintas de interpretación del mundo y sobre todo de su percepción, de tal manera, que en la Comayagua del siglo XVII, ya se planifica la construcción de la Ermita a la Virgen de la Caridad de Illescas, dedicada al culto y cumplimiento liturgico de negros, sambos, mulatos y pardos de esa ciudad y en el mismo momento en que se desarrolla el mineral del Rosario de Opoteca.

Resulta muy difícil entender que uno de los mayores condicionamientos económicos, del desarrollo cultural hondureño, radica en los momentos de que podemos llamar "una fiebre del oro" que impregno todos los estratos institucionales de la sociedad, para el caso, vale la pena señalar al gobernador don Manuel de Castilla y Portugal, quien re-nuncia a su carrera burocrática y administrativa para convertirse en el dueño y señor de ese mineral del Rosario de Opoteca, cuyo excedente económico se convirtió en el patrocinador directo de la mayoría de las construcciones religiosas de la ciudad de Comayagua, influenciando de tal manera a los miembros del clero, sobre todo el diocesano recién surgido, que hizo que inclusive las ordenes religiosas se convirtieran en banqueros de minas, tal como se ha podido comprobar en los documentos, que muestran la propiedad de la mina

de "Mololoa" en el Real de Santa Lucía, en la jurisdicción del Real de Minas de Tegucigalpa, en que la orden de La Merced, no quiso participar en la compra de esclavos negro, razón por la cual contrato chino y tagalos, con carácter de servidores libres asalariados, que también se integraron irremisiblemente al proceso de mestizaje local.

Las grandes construcciones para blancos de la ciudad de Comayagua, se apoyan en la producción minera de otras como son: La Enriqueña y la Valenciana, cuyos tributos se constituyeron en base sustantiva al mantener altos costes de la fábrica de la catedral de Comayagua y que ya en el siglo XVIII, gracias al criterio desarrollado por los obispos ilustrados, se transformaron en obras de beneficio para el bien colectivo, como son el sostenimiento del seminario San Agustín, becas para hijos e hijas de indios principales, saneamiento de aguas e inclusive proyectos de irrigación del valle, hasta la conformación del celebre hospital de San Juan de Dios, su botica, herbolario y jardín botánico

No es extraño por ningún momento una tercera etnia, porque debe recordarse que el camino del poblamiento hondureño, fue en su mayor parte el camino que comunica la Puebla de Los Ángeles con la Oaxaca de la Antequera, de donde no solo llegaron contingentes humanos, sino toda una cultura previamente confirmada, y que incide en la mentalidad popular, como para el caso la devoción muy antigua hacia el arcángel San Miguel, la advocación de la virgen de la Soledad e inclusive la de aquella Santa Catalina de San Juan, que tuvo tanto éxito en el México del siglo XVI, cuya imagen histórica recoge don Francisco de la Maza en su interesante libro titulado: «Santa Catalina de San Juan, china poblana, santa y visionaria» (cit. Octavio Paz: *Vislumbres de la India*, Fondo de Cultura Económica, 1996), nacida como Mitra Borah, de origen hindú a quien se atribuye haber traído de su lejana tierra el mole y los mangos. Toda esta riqueza del tránsito de ideas, usos y costumbres se inscribe en el espacio de una multiplicidad de razas y creencias, que al mezclarse fueron transformando el sentido mismo del culto católico, donde precisamente cada raza o grupo étnico aporta en esa mixejiación total o global que realmente conformó, por lo tanto, un nuevo credo.

A medida que crece el interés por la minería, los negros van ocupando un papel de gran importancia, en los nuevos poblados del istmo centroamericano. La orden de la Merced, que poseía gran experiencia –por su carácter de orden hospitalaria- en el norte de África, mantenía talleres en los mismos hospitales de Tánger y Marruecos, donde permanecían hospitalizados Excelentes escultores coptos que producían imágenes que eran generalmente adquiridas por agentes de la casa real para ser enviados a América, a aquellos poblados donde existía

Senderos del mestizaje

persistencia de mano de obra africana, de tal manera que fue el punto de apoyo para la difusión del culto a los «Cristos negros», de lo cual es muy fácil seguir la ruta de ellos en relación con los pueblos mineros que iban surgiendo. El mismo obispo don Francisco de Marroquín, cuando planifica la creación del santuario de Esquipulas, encarga al escultor Quirio Cataño, «un Cristo de piel morena, acompañado de la madre, la santísima virgen María y el apóstol predilecto San Juan, realizando en madera de achagüite» ubicado dicho santuario en un lugar estratégico, para la devoción, y que facilitara la circulación de peregrinos de todo el Reino de Guatemala.

El sentido del santuario de Esquipulas, plantea por sí mismo la visión multiétnica, dentro de los parámetros de una iglesia que comprende una política de santuario, que conlleva una función económica a través de las ferias, como punto de reunión para compra y venta de mercaderías y productor de la tierra, que es al mismo tiempo una evocación de los antiguos «tianguis», punto central de la visión multiétnica se expresa en el mismo momento de la solemne bendición del santuario, cuya acta de dedicación está firmada curiosamente, además del referido obispo, por don José de Moctezuma, descendiente directo del emperador de Tenochtitlán, de infausta memoria y Miguel Antonio de Santaelices, como el ilustrado mestizo, del que ya hemos dado noticias.

Del obispo Marroquín, como Cortés y Larraz, por ser miembro de la orden franciscana, por sus acciones podemos deducir que padecen de un fuerte temor a la idolatría de los aborígenes, razón por la cual prohíbe, en una carta pragmática enviada a todos los curatos «que los oficiales artistas, taladores, escultores y pintores, reproduzcan aquellas imágenes que representen animales, para evitar que los naturales, reverencien ay adoren a sus antiguos anales, so pretexto de adorar o venerar al santo».

Sin embargo el santuario de Esquipulas no tuvo originalmente el resultado esperado sus ferias y tianguis, de acuerdo a las fechas incorporadas en su tradición y mediante su propio sentido del tiempo, tiempo que se manejaba en derredor de la interacción que se establece entre siembra y cosecha. En el libro de confesionario de Fray Luis de Cañizares, obispo de Comayagua, se destaca una anécdota de gran importancia, que nos refleja la mentalidad del indio: Juan Rivera, indio que fue encomendado de don Diego de Manzanares, habitaba una choza, en la entrada del Camino Real de Comayagua, cuando paso el Ilmo. Fray Luis de Cañizares y vio con sorpresa –deteniendo su mula– que en el patio del indio, crecía un inmenso árbol de naranjo y confió a su secretario, que como de ese hermoso tronco se podría hacer una imagen de San Antonio para su capilla en el convento del mismo

nombre. Obsequioso, el secretario, con deseo de hacer cumplir los deseos del señor obispo, envió dos hombres de la Santa hermandad, para que cortaran el árbol, dejando tiradas en el suelo las hermosas ramas, y llevando el tronco al escultor, para que hiciera una talla de San Antonio. El indio sollozo y gimió por su árbol, pero conformándose se dispuso a tallar de una de las ramas un cabo para su machete. Al año siguiente, el indio Juan pierde a su mujer y entra a hurtadillas en la capilla del Ilmo. Y entre llanto e hipos decía: «Tu San Tonito, que eres primo hermano de mi machete, consuélame ahora que estoy solo, para que vuelva a encontrar una nueva mujer, que me apañe y ayude.» Así fue como el buen obispo comprendió «que el que conoce el palo no adora al Santo».

Alan el día de hoy, en la que hemos dado por llamar la «zona lenca», sita en la planicie de Gracias a Dios (Lempira) están vivas en el imaginario popular esa síntesis de las viejas creencias precolombinas, con la religión católica. Los mercedarios entronizaron en su capilla y convento, la advocación de nuestra señora de Las Mercedes, que fue llamada por sus contemporáneos como «La Gobernadora», que nos recuerda la idea de la infortunada doña Beatriz de la Cueva sin que se interrumpa el mito precolombino de Itchel, la madre tierra que aparece en el firmamento después de cada nueve lunas, guardando las joyas y el manto de la madre tierra, y regando esta con su leche, para que surja el maíz, alimento del hombre. En la mayoría de los poblados de esa región siguen aun en lamente popular proliferando los tzipitillos, duendecillos del bosque, que continúan una vida sin amor buscando la «he-lencia», antigua Comizagual, deidad femenina que oculta –como latina faunesa– proclamatoria del amor carnal.

Todas estas imágenes mestizas, mezcladas o revueltas, perviven en el imaginario popular. En el pueblo de la Campa, como en otros muchos pueblos de Honduras, aún persiste el Guancasco, danza ritual, de un idioma perdido, que se expresa en un castellano anacrónico y olvidado, donde los «negros» son los villanos, estando su presencia en la multiplicidad de ojos, de los habitantes de la villa, que por lo tanto son villanos. En La Campa aún se rinde culto y subsiste la cofradía del patrón «San Matías Marinero», que es ejemplo vivo de ese sincretismo religioso, que adora y sirve a un apóstol –San Matías–, marinero sin mar, posiblemente culto influenciado por aquel misionero don Francisco de Orellana, que vio en la Honduras del siglo XVII, como un mar vegetal de encrespadas olas, que aturde la mente por tantas subidas y bajadas, en todos los tonos posibles del verde, que se significa bajo un cielo purísimo de un azul intenso, que es el necesario contraste de ese mar vegetal.

Así es como se fue mezclando una cosmovisión, nunca paralela, sino

Senderos del mestizaje

integrada en una totalidad de creencia, raza y atavismo, donde los esfuerzos «por purificar» esas creencias son solo ataques directos a esa identidad multiétnica y policultural, que hace de Honduras una evidencia histórica y de la religiosidad popular, un hito significativo.

Los pardos en la anarquía republicana

El primer mestizaje habido en los momentos de la conformación de los poblados, tuvo una intensidad tal, que conformo un proceso de síntesis que impregno, dándole características propias a la primera evangelización que va del siglo XV al XVI, continuando para el siguiente siglo XVII y XVIII con una política, que podríamos llamar del criollismo, en que se avizora la toma de conciencia del nacido en la tierra que busca un plausible desarrollo económico, que transcurre en una lucha permanente por las dos antagónicas formas de producción. Ese criollismo tiende a la formación de un oligopolio, que se mantiene hasta el momento en que se inicia también la desacralización de la metrópoli, elemento desconcertante para la mentalidad criolla y que a pesar de que sea el posible detonante de la ruptura de las instituciones, nos lleva a un punto de partida determinado y sumamente crítico: que es la aceptación de que la población en general solo se puede desarrollar en función de una visión integradora multiétnica y policultural.

Tanto como los pardos como los mulatos ocuparon un espacio fundamental en el nuevo orden. En el arte, y con las restricciones económicas que tuvo la Iglesia, se dejó de lado los temas religiosos para dar paso a una nueva sensibilidad, en este caso fue el retrato. Proveniente de la ciudad de León, Nicaragua, llegó a Honduras un pintor de segunda fila, que contradictoriamente era protegido del Obispo García de Jerez, que se asienta en Comayagua, y pinta varios retratos de los caudillos del nuevo orden, entre los que se encuentra uno de Dionisio de Herrera, hoy propiedad de la Escuela Agrícola El Zamorano, otro del Obispo Hipólito Casiano Flores, un retrato imaginario y muy comprometido con el nuevo orden de cosas del Obispo Cristóbal de Pedraza y uno de don Pedro Pablo Chávez, cuya originalidad no se puede discutir, porque la mayoría de ellos tienen texto incorporado, ofertándonos la idea que el pintor vivió la Honduras republicana de la primera mitad del siglo XIX. Tal como se puede deducir de estos testimonios, tanto el ciudadano Herrera y don Pedro Pablo Chávez evidentemente eran mulatos o pardos, por la prosopografía implícita en los cuadros.

Este periodo hace notorios los conflictos de clase y especialmente los interétnicos, que se habían venido agravando desde los momentos de la crisis

económica que atravesó la provincia, tanto por la decadencia de la minería, como por la crisis ganadera, etc., que incluyo además la quiebra de las cofradías, tal como lo hemos dicho anteriormente. En el mismo espacio artístico se puede inferir que las artes artesanales también fueron víctimas de las crisis económicas, ya que si se revisa el censo de 1898 se puede comprobar que en la ciudad de "Tegucigalpa casi existía un platero y un sobredorador de puerta a puerta. Viéndose el cambio en el censo del Licenciado Mallol levantado en 1821, cuando estos talleres de platería se transforman en pulperías, siendo sus propietarias en su mayoría, las mujeres abandonadas por sus maridos, que muchos de ellos las habían dejado solas para ingresar en los diferentes ejércitos, especialmente el ejército federal.

El poder político sigue siendo objeto particular de las clases altas criollas, que en la confusión institucional apoyan directamente a los mulatos como base manipulada por esos miembros de grupos de poder, de tal manera que gracias a la iniciativa de José Flamenco, vecino de Choluteca en los quince años inmediatos a la Independencia, ya tienen establecido el derecho a votar, convirtiéndose en especie de mesnadas guerreras al servicio de todos aquellos ganaderos y banqueros de minas, que en forma muy racional abandonaron el proyecto de consolidación nacional, para usar el poder únicamente para su poderío personal.

Cuando asciende al poder el pardo capitán general José Santos Guardiola, se ve clara la Ley de Libertad de Cultos, gracias a la presión ejercida por la corona británica, sumamente interesada en el país por la necesidad que este imperio tenía de las riquezas madereras de Honduras, especialmente la caoba, que convirtió a la capital inglesa, en una de las capitales más elegantes del mundo, gracias a las generosas contratas que le fueron concedidas para la obtención de esa madera. En ese periodo la vacilante Iglesia hondureña ya tiene conformado un cuadro interno de curas diocesanos, también de origen pardo, entre los que se cuenta el vicario Miguel del Cid, quien convoca a todos los adeptos del país para un levantamiento armado, que ha pasado a la historia con el nombre de «la guerra de los curas», que incremento la brecha entre los patricios libértales y los representantes del poder eclesiástico.

La segunda mitad del siglo elige como gobernante a José María Medina, hijo natural de un criollo del sector occidental del país, rico ganadero y añilero, de apellido Castejón, elección que se realizó con el beneplácito del hombre fuerte de Guatemala, llamado «caudillo de los indios»: Rafael Carrera, quien pretende mediante su influencia dominar a las vacilantes repúblicas del istmo centroamericano. Para esas mismas fechas la Iglesia estaba prácticamente quebrada económicamente y sin liderato, porque el Obispo Hipólito Casiano Flores cometió

Senderos del mestizaje

el error de solicitar la devolución de los bienes incautados en la única carta pastoral de visita eclesiástica que desgraciadamente no consta en ningún archivo.

El Obispo Flores falleció, convirtiéndose en un mito su muerte, ya que el pueblo aceptó la conseja de que había sido envenenado, siendo enterrado sin honras fúnebres de ninguna clase, a medianoche, desapareciendo también misteriosamente las diligencias que testimoniaban su extraña muerte, en 1857. Todas estas circunstancias, más bien de corte político y que apenas nos dejan entrever la crisis que atravesó la Iglesia en ese período oscuro, que va de 1829 al 50, apenas nos dejan colegir la virulencia de una situación, que además no recobra su curso normal por la ausencia de relaciones entre el estado de Honduras y el Vaticano.

A su vez Guardiola, inició los trámites diplomáticos precisos para el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con el Vaticano, que no pudieron concluirse por haber muerto asesinado en 1862, pero fueron concluidas hasta en el periodo de don José María Medina, cuando se elige como Obispo a Fray Juan Félix de Jesús Zepeda, gracias a la eficaz intermediación realizada por el Obispo de el Salvador Vitedi y Ungo, quien gozando de la amistad con el presidente Medina, fue portador de una cantidad de obras religiosas, que sustituirían las perdidas en constante pillaje de que fueron objeto las iglesias en ese convulso periodo.

A partir de 1871, Guatemala había recibido un impulso que buscaba la consolidación de los estados nacionales, a la que se llamó «Reforma Liberal» impulsada por el gobernante Miguel García Granados, quien había tenido entre sus ministros de gobierno a dos jóvenes hondureños: Marco Aurelio Soto Martínez y Ramón rosa, quienes decidieron jugarse la aventura presidencial para realizar en su país el primer proyecto de consolidación nacional, apoyándose en una visión positivista de la existencia, que daba mayor sentido al espíritu científico, en un ambiente de confraternidad y ausencia de prejuicio que si bien es cierto desligaron del todo los espacios entre Iglesia y poder público, contribuyeron en gran medida a la creación de un pensamiento laico.

Ramón Rosa se preocupó por revitalizar la Universidad, dentro de los conceptos más estrictos del positivismo, pero sin embargo, como descendiente directo del padre José Trinidad Reyes, buscó realizar un camino de reconciliación, considerando la Iglesia como uno de los entes principales y positivos de la tradición nacional.

Con un gabinete integrado en su mayoría por jóvenes iniciados en la misma universidad que fundara su antecesor, vio la Iglesia desde la perspectiva, no solo de la tradición, sino también como elemento aglutinador de la identidad,

en un lineamiento de conservación de valores morales y éticos, que fueran el referente obligado para la convivencia.

No solo cultivo una estrecha amistad con el anciano Obispo don Félix de Jesús Zepeda, cuyos consejos atendió llamándolo «Filólogo insigne», rememorando aquel hecho que consta en su segunda visita canónica en que el prelado se dedicó a cambiar nombres impropios para aquellas poblaciones surgidas en el clímax de la explotación minera y que habían llamado, por ejemplo, al actual Valle de Ángeles, la Marranera, y al poblado San Juan de Flores, con el nombre de Cantarranas. Al decir de Rafael Heliodoro Valle, Fray Félix de Jesús Zepeda al cambiar los nombres de determinados pueblos, por otros más poéticos y más de acuerdo con el paisaje, ofertó a los pobladores una nueva esperanza de vida.

Tanto Soto como Rosa fueron víctimas de las pulsiones de los distintos grupos que se habían desarrollado en el transcurso de la praxis liberal, que terminaron por atacarlo echándole en cara su amistad, tanto con el Obispo Zepeda como con su sucesor, Manuel Antonio Vélez, quien manejó la Iglesia con las antiguas visiones de los obispos ilustrados del siglo XVIII.

Un personaje sumamente importante, que se integró en el proceso de reforma liberal, es sin lugar a dudas Antonio Ramón Vallejo, que se vio obligado a abandonar el seno de la Iglesia, en el periodo que fungía el Obispo Flores por considerar que la Iglesia no correspondía, en sus intenciones, con su rol histórico.

Vallejo fue pieza decisiva en el gabinete de los reformadores, convirtiéndose en la piedra fundamental de la constitución, no solo de las reformas universitarias, constituyéndose en la piedra fundamental de la historiografía nacional, a través de su gestión que lo llevó no solo a crear el Archivo Nacional, sino también la "historia de bronce", muy al estilo de la Escuela de los Anales de París, tan en boga en ese momento, cuyo concepto se centra en una visión de la libertad conquistada a través de la Independencia, con su consecuente visión antihispánica y en la cual se sedimenta el viejo concepto de un anticlericalismo inhibitorio del estudio de los usos y las costumbres, que llegó a ser punto central en una cultura metropolitana, que considera la urbe como culta y la periferia como antinomia y característica de lo bárbaro y salvaje.

Con todo y todo se debe a la Reforma la firma del primer Concordato que regula las relaciones entre Iglesia y Estado que desgraciadamente se vuelven a interrumpir a finales del XIX, cuando Monseñor Vélez tiene que salir emigrado hacia El Salvador, falleciendo pocos años después.

El mestizaje en la cultura Hondureña

La cultura hondureña se caracteriza no solo por su grado de civilización sino por el carácter testimonial que queda plasmado, hitos que impregnan los usos, costumbres, la cosmovisión o experiencia frente a las circunstancias aleccionadoras de la vida y en el sentido de trascendencia de la vida y de la muerte, donde esta se manifiesta como herramienta cultural. De la anterior narración se puede deducir como la evangelización mestizo a la iglesia llegada del viejo continente, remozándose gracias al proceso de síntesis que provenía del sentimiento de religiosidad de los primeros habitantes autóctonos. La mayoría de las órdenes religiosas habían adoptado el símbolo de la cruz, que los trajo a América. Es importante recordar que la cruz era también símbolo de la moneda y principio absoluto de la cristiandad, que además aparecía en todo lo que fuera Real, galeones, banderas y estandartes en la unidad de un mundo cuyo lenguaje común se centraba en el espacio religioso, en el tiempo de la iglesia.

Las comunidades que se encontraban en Honduras, al momento del descubrimiento y la conquista eran en su mayoría políticamente señoríos dispersos, que quedaron después de la etapa imperial Maya-Tolteca, donde sus habitantes estaban prácticamente aculturizados en zonas decantadas y cuyos elementos unitarios eran apenas la lengua y el sentimiento religioso. Según el testimonio de Bernal Díaz del Castillo, quien nos testimonia haber en-contrado tanto en Naco como en la región de Gracias a Dios cruces realizadas por un método de poda de los grandes arboles de Ceiba y de Macuelizos en flor que semejaban grandes cruces camineras, lo que ha permitido que algunos historiadores decaigan en la peregrina idea de existió un cristianismo previo al descubrimiento de América, por elementos coincidentes con el culto especialmente católico, olvidando que para la mentalidad primitiva de todo ser humano la cruz es un símbolo normal de ordinalidad que lo ubica en una necesaria visión que marca los cuatro puntos cardinales, que espacialemente se manifiesta en una línea corrida que marca norte sur, este y oeste, lo que posiblemente se asimilo facilitando el necesario proceso de síntesis.

Por otra parte algunas de las ordenes religiosas —tanto los dominicos, como los agustinos— fueron ordenes pacíficas, que se integraron a la observación de esas decantadas religiones autóctonas haciendo que tanto la evangelización, como los primeros contactos, evitaran la violencia para integrar un credo con otro, surgiendo de ese intercambio experimental algunas actitudes, que alimentaron aun mas el proceso de síntesis, como búsqueda sustitutiva de elementos básicos en

el credo, tales como: Aceptación de la visión politeísta del mundo, que del lado católico se inclinaba a la aceptación de los santos — sobre todo aquellos que poseían elementos casi mágicos - especialmente en cuanto a su influencia sobre las fuerzas de la naturaleza, de donde surge la aceptación y culto a Santa Barbará, el patrón de los navegantes San Sebastián y algunos cultos curiosos como el de San Matías Marinero, patrón del pueblo de La Campa, hasta el día de hoy donde su cofradía ha subsistido hasta los tiempos actuales.

Así fue como también se conformó y proliferó el culto a la virgen María, que sustituye a Itzchel, que sin lugar a dudas recuerda el fenómeno mismo del sincretismo realizado en la antigua Tonatzin, madre creadora del universo, que conformó la idea inicial de la virgen de Guadalupe.

El sentido de una Madre del Universo, que genet-6 previamente el mito grecolatino de GEA, que es en trasfondo el sentido de la madre tierra. El Indio en sí, privilegia la idea de la Madre de Dios, sufrida y doliente y ubicada en el nuevo testamento, sin que exista ningún aparente interés en la sucesión de santos comprendidos en la narración del viejo testamento, que excluye por ende alguna visión veterotestamentaria, que el indio por sí siente lejana y alejada de su realidad.

Si se revisan con cuidado tanto los títulos de tierras como las toponimias hondureñas, así como nombres de haciendas ganaderas y de cofradías, encontramos la presencia de la virgen de Los Dolores de igual forma que la advocación de la virgen de La Candelaria, que es posiblemente de donde surge y se impenetra en el imaginario popular la virgen de Suyapa, que es hasta el siglo XIX que se integra como una virgen de la Concepción, negando el antiguo culto de la Candelaria, virtual culto a la luz que rompe la oscuridad, tan sensible a los cultos, precedidos de un proceso previo de aculturización.

La virgen de Suyapa, es parte y reacción a la política desarrollada e impuesta por el obispo guatemalteco don Francisco de Marroquín, quien promulga en su célebre visita canónica por el reino de Guatemala y en donde —por las experiencias habidas— prohíbe el culto a las imágenes, que conlleven todo tipo de bestias salvajes "a fin de evitar que los naturales hagan uso del recurso de adorar al santo, para hacerlo con sus nahuales o figuras zoomorfas". Esto incentive más bien la creatividad de los artistas, surgiendo así la visión de un San Miguel sin dragón, más bien posado sobre una voluta de humo, y las vírgenes triangulares iberoamericanas, que sustituyen a las arcanas figuras de las vírgenes medioevales envueltas en sus anacrónicos y flotantes velos, incidiendo inclusive en la liturgia como por ejemplo la devoción a Santa Ifigenia, que no sabemos hasta donde —y

Senderos del mestizaje

a pesar de que la figura representa una negra— sea un trasplante del mito de la princesa griega.

Después de la remoción que realizó el Concilio Vaticano II (1962-1965), la iglesia parece haber vuelto a los viejos caminos misioneros, al encarnar por sí misma la antigua opción por los pobres, despertar que la obligó a resistir la crisis que se desarrolló en la década de los años setenta. Tal como el lector lo podrá advertir, Honduras ha sido a lo largo de su historia una especie de país de tránsito, camino transitado por todas etnias, razas y costumbres, que lo convierte en un sitio donde se prodiga eternamente como madre iglesia en donde no puede, ni le queda, otra opción que salga de la esfera de ser lo que siempre fue, modeladora cultural y taumatúrgica señora de la esperanza.

El día de hoy está sujeta a un rol sumamente difícil, por los vientos que conforman un nuevo orden mundial que se establece en prolongar un estatus político que se ha dado en llamar neoliberalismo y que en su trasfondo es la búsqueda de una hegemonía mundial llamada con el término de globalización, donde se pretende crear, lo que se llama «pensamiento único», que proclama además «la muerte de Dios», en la inútil idea de tratar de entender no solo la gran diversidad del planeta, sino también el respeto inaplazable a la identidad de todos los seres, correspondiente a la visión de hijos del creador, que aún perdura en lo más profundo del corazón y que por tanto hace al hombre señor de la historia.

Esta amenaza —más bien presentida—, obliga a la iglesia y a sus directores y protagonistas a buscar el camino de la unidad, sobre todo a la búsqueda de una unidad interna que sea tierra abonada y fértil para el surgimiento de un debate continuo que sea como fe en otras épocas para el teólogo Atanasio Kitchner que creyó que la voz de Dios siempre esté presente en esa construcción musical que llamo «misurgia universalis», y cuyos ecos resuenan aun por los espacios siderales, como una invitación constante y preciosa, para que la humanidad entera, siga luchando para construir ese espacio armónico en que se desarrolla el Ser.



Danza garífuna, La Ceiba. Foto de Víctor Manuel Ramos.



Niños pech en la escuela. Las Marías, Olancho. Foto de Víctor Manuel Ramos.